

Capítulo I

ALGUIEN, NADIE, ADIÓS

Se despertó con un gran sobresalto, aunque no había motivo, ¿o tal vez sí? Estaba en una pequeña barca a la deriva. La estrechez y la niebla, demasiado espesa, eran asfixiantes. ¿Cómo demonios había llegado a allí? Y sobre todo, ¿qué hacía en una barca si odiaba el agua? ¡Ni siquiera iba a la piscina cuando hacía cuarenta grados a la sombra! Además, no recordaba nada de nada. Bueno, algo sí que recordaba: ¡Qué no sabía nadar! Siempre ha tenido pánico al agua, desde la niñez.

Tal vez lo mejor sea incorporarse un poco en la barca, aunque con esta bruma es casi imposible. ¿Cómo es posible que pese tanto? Intenta llevarse una mano a la cara para limpiarse la fría humedad que recorre su rostro y no resulta fácil.

Debe ser una piragua o una canoa...o un kayak. ¿¡Qué más dará!?. A veces, el pensamiento divaga en tonterías sin importancia para no tener que asumir la realidad. Eso pasa cuando la verdad es demasiado cruda como para digerirla sin más. Lo único cierto es que no tenía ni puñetera idea de dónde estaba ni qué carajo hacía allí. Tampoco sabía cómo había acabado en aquella situación. ¡Buff, el colocón de la noche anterior tuvo que ser de órdago!

¿Qué hora será? Debe de ser temprano porque hace frío y aún hay niebla, mucha, demasiada. Mi abuela solía decir que “mañanita de niebla, tarde de paseo”. Entonces debe ser por la mañana. Sí, casi seguro que es por la mañana.

¿Qué pasa? ¡No se oye ni un ruido! Si hasta parece que la barquichuela ésta se ha detenido. ¿Será por la niebla? ¡No pienses gilipollecas! ¿¡Cómo va a detener la niebla a una barca!? Tampoco es que se oiga ni el fluir del río. ¡Ay, madre, qué miedo! Pues aún así hay que hacer otra intentona de incorporarse, pese a la niebla y la estrechez, y a sentir que todo da vueltas sin parar.

¡Dios, qué mareo! Mejor será esperar un poco, a ver si mejora la resaca y, de paso, el tiempo. ¡Ni siquiera se ve el cielo! Bueno, ni nada dos centímetros más allá de mi cara.

¿Por qué se habrá parado la barquita? ¿Y por qué no se oye nada de nada? ¿De dónde sale tanta niebla? ¡Ay, la cabeza me va a estallar! Mejor dejen de pensar, que nunca me ha sentado muy bien que digamos. ¡Si es que no puedo! ¿Cómo voy a dejar de hacerme preguntas si no sé cómo he acabado aquí, así, y me estoy cagando de miedo!? ¡Tranqui, joder, tranqui! Respira hondo, cuenta hasta tres, y suelta el aire despacito para relajarte. ¡Y una mierda! ¿¡Quién cojones se va a relajar

en mitad de ninguna parte en una puta barca enana a la deriva y sin saber nadar!?

No sirve de nada. Todos lo sabemos, pero a veces el llanto, desesperado y desconsolado, es mucho más efectivo para relajarse que la respiración o cualquier sesión de meditación en un templo budista del mismísimo Tíbet. Llorar cansa, y en ocasiones, agota tanto las energías que se acaba durmiendo de puro abatimiento. Pues eso, se quedó en el limbo de los sueños un par de horitas al menos.

Despertar, en esta ocasión, es volver a la pesadilla. Hipando y con dificultades para respirar, a causa del llanto, sollozaba lamentando su suerte. Maldecía, en

silencio, su confusión mental y su mala, por no decir pésima, memoria. Tras la siestecita llorona, había perdido la noción del tiempo. La niebla, algo menos densa que antes, seguía sin dejar ver nada. Aún era muy pesada, como una losa, pero ya no tan fría. Incluso se podía apreciar algo de calidez. Claro que también está caliente la nieve cuando la aprietas con tus manos y no hay nada más frío en realidad. ¿Las divagaciones estúpidas son una prueba de que se está perdiendo la cordura? Porque si es así, necesito plaza en un hospital psiquiátrico pero ya. ¡Para ayer es tarde! ¡Tengo que estar flipando! ¿Pues no me parece estar viendo colorines en la niebla? Bueno, en el aire, mejor dicho. Ha pasado del blanco nuclear al rosa pálido y ahora va pasando por toda la gama de colores del arco iris pero

en tonos muy claros, eso sí. ¡Joder! Sea lo que sea, lo que tomé anoche tiene que ser la leche en vinagreta. ¡Qué expresión más tonta! Eso debe de estar asqueroso. De todas formas, no volveré a tomarlo en la puñetera vida, aunque tampoco sé si lo tomé yo o me lo hicieron tomar. ¡Puta memoria! ¿Pero por qué coño no puedo recordar nada?

¡Espera! Si la barquita ha vuelto a moverse, muy despacito. Va al revés que antes, como contra la corriente. Ahora otra vez como es debido y después al revés de nuevo. ¿Eso es posible? ¡Qué tontería! ¡Claro que es posible! Si no, cómo narices iba a estar haciéndolo. ¡Ni que hubiera alguien moviéndola!

¡Ostras! No lo había pensado hasta ahora, pero ¿y si hay alguien moviendo este chisme? ¿y si no estoy en

un río? ¡Cómo sea una broma me cargo a quien lo esté haciendo! Bueno, si es que le conozco, que tampoco soy tan valiente. ¿Y si levanto la mano, o el brazo entero, reaccionará? A ver si va a ser peor y me ataca... ¡Piensa, piensa, piensa! ¿¡Joder, qué hago!?

¡¡Estas cosas es mejor hacerlas rápido!! Algo así debió de estar repitiéndose en su mente, una y otra vez, hasta que reunió el valor y la determinación suficientes como para intentarlo. Probó, en vano, a levantar un brazo. No es que no tenga fuerzas, es que parece que hay algo empujando hacia abajo. Algo invisible le impide, por el momento, moverse de cualquier manera. ¿¡Se puede saber qué está pasando aquí!?

Ni siquiera las lágrimas de impotencia podían emerger de sus ojos. Es como si también se le hubiera negado el derecho universal a la pataleta y a la desesperación. ¡¡Esto no me puede estar pasando a mí!! Esa misma negación vacua que todo el mundo usa en momentos de incredulidad rondaba su mente, martilleando su adolorido pensamiento.